

bra precisa, la que al ser empleada cobra contorno de cosa nueva y recién creada.

Es preciso comprender esto bien, para poder valorar en todo su alcance la prosa tan exacta y bella de Miró, que sabía buscar el pulso a cada momento para vestirlo de la precisa y más artística expresión. Y obsérvese que digo *precisa* y *artísticas*, pues Miró no se contenta con la adecuación momento-palabras, sino que cree que éstas, además de reflejar exactamente ese momento, sin dejar escapar nada de él, ningún matiz, deben, a la vez, ceñirlo plásticamente, revelando su belleza, incluso creándola.

Otras veces la carga emocional, la intensidad expresiva de una palabra vienen dadas por una deformación dialectal. En *Años y leguas* un campesino en vez de *cólera* dice *colic* y comenta Miró:

y la palabra y la epidemia tienen más filo asiático, más filo convulso (PÁG. 975).

Y a la vez una normal pronunciación castellana puede, en los oídos de un hablante que emplea un dialecto o una fonética regional, resultar como de curiosa apariencia. Por eso, en *Los pies y los zapatos de Enriqueta*, a los personajes que sesean les chocha la correcta pronunciación castellana de una mujer:

cuando la señora dice: medicina, aceite, paciencia, se le ven las ces, unas ces gordas y rojas, bailándole por la lengua, y aun como hechas de lenguas (PÁG. 208).

Y queda aún la pura delicia de los nombres por sí solos, sin deformación dialectal, sin resonador humano que los cargue de emoción. Los nombres, cuyo sólo enunciado, cuya sola agrupación misteriosa de vocales y consonantes provocan en Miró sensual delectación.

Recuérdese el siempre comentado capítulo *Toponimia* de *Años y leguas*, en el que Miró glosa la belleza, la eufonía de los nombres de pueblos alicantinos, sirviéndose—claro es—de la comparación frutal como último límite de toda sensual delicia:

